

# Re-imaginando los senderos de nuestro itinerario vocacional común

Algunas orientaciones



Publicaciones SVD  
Generalado - Roma - 2010



# **Re-imaginando los senderos de nuestro itinerario vocacional común**

Algunas orientaciones

**Publicaciones SVD  
Generalado - Roma - 2010**

Impostación y Distribución: Sebastian Mattappallil  
genpub08@gmail.com

---

Impreso por GESP Italia, Città di Castello (PG)  
Febrero de 2010

# Índice

Prólogo .....	5
1. Principios orientadores de la Formación SVD hoy .....	7
2. Razonamiento del Proyecto de Re-imaginación .....	9
3. Cambio de panorama de la llamada religioso-misionera .....	11
3.1. Nuevo entendimiento de la Misión .....	11
3.2. Misión como Diálogo Profético .....	13
3.4. Respuesta Misionera marcada por los cuatro Rasgos de Familia .....	15
4. Desafíos que surgen - Respuestas que se requieren .....	17
4.1. La vocación del Formador .....	19
4.2. Nuevo perfil de nuestros candidatos .....	20
4.3. La vida consagrada en el contexto de hoy .....	20
4.4. Vida Intercultural .....	22
4.5. La Misión con los compañeros laicos .....	24
4.6. Formación Académica .....	25
4.7. Cultivar el sentido de la observación .....	26
4.8. La opción preferencial por los pobres y el compromiso con el cuidado de la Creación .....	27
4.9. Exposición directa a situaciones misioneras reales ...	27
4.10. Solidaridad crítica con las estructuras .....	28
4.11. Aventurarse en nuevas experiencias .....	29
4.12. Formación Permanente .....	29
5. Conclusión .....	30
Referencias .....	32



# Prólogo

Queridos Hermanos,

Me alegra poder presentarles este folleto titulado: “Re-imaginando los senderos de nuestro itinerario vocacional común: algunas orientaciones”. El folleto está destinado a ser una actualización de los principios generales de la Formación SVD a la luz de la comprensión de nuestra misión hoy como diálogo profético.

Cabe recordar que el Capítulo General XIII de 1988 tuvo como tema “Misión-Espiritualidad-Formación”. El Documento III de dicho capítulo, titulado “Formación SVD Hoy”, estableció siete “principios orientadores de la Formación SVD” (cf. *Nuntius XII*, pp. 714-716). En 2006, al revisar las decisiones del Capítulo General XVI, el Consejo General consideró que valdría la pena elaborar unos principios orientadores similares a la luz del diálogo profético. Estos principios orientadores actualizados de 2006 serían entonces considerados como un complemento a los principios orientadores de 1988.

Para llegar a esta decisión, el Consejo General se guió por el nº 99 de la Declaración del último Capítulo General:

(99) **Programa de Renovación.** Es importante notar que la formación no es un programa mecánico. Es un proceso de respuesta a la llamada de Dios. Todos los aspectos de la vida misionera deben implementarse adecuadamente. La formación debe provocar entusiasmo por el Reino de Dios, encender en nosotros el fuego de la vida comunitaria, y fomentar un espíritu de diálogo. Es por eso que todas las etapas de los programas de formación deberían renovarse a la luz del testimonio del Reino, del diálogo profético y de las dimensiones características.... (EDV 6, septiembre 2006, p. 53).

La tarea de la elaboración de estos principios orientadores actualizados de la Formación SVD le fue confiada al P. Thomas Malipurathu, Secretario para la Formación y la Educación. Este folleto es el resultado de ese esfuerzo. Está basado en un borrador escrito por el P. Malipurathu y posteriormente enviado a algunos formadores para que hicieran observaciones y comentarios. El borrador fue revisado en varias reuniones del Generalato y del Consejo General. Por lo tanto, me gustaría agradecer al P. Malipurathu su trabajo y agradecer también a todos los miembros del Generalato por su colaboración en este esfuerzo.

Hay que notar las dos partes importantes del libro, dos partes igualmente importantes, aunque desiguales en longitud, a saber: En primer lugar, el intento de re-pensar la Formación SVD a la luz del diálogo profético (el texto principal), y en segundo lugar, un resumen de ese nuevo pensamiento expresado en términos de 10 principios orientadores de la Formación SVD de hoy (la sección del principio del folleto).

La publicación de este folleto me da la oportunidad de agradecer sinceramente a todos los formadores en nuestra Congregación que hacen la tarea importante, pero a menudo ingrata, de guiar a nuestros candidatos y jóvenes hermanos en su itinerario vocacional hacia una vida de participación en la misión del Verbo Divino. Que este folleto sea un reconocimiento de su importante papel en la Congregación y una ayuda en su labor de formación. Ojalá que este librito ayude a los formadores y a todos nuestros formandos a lograr, en el contexto de los desafíos de la misión de hoy, el objetivo de la formación y la educación en la Congregación, es decir: “La unión creciente con el Verbo del Padre hecho hombre, gracias a la acción eficaz del Espíritu Santo y la identificación progresiva con la comunidad religiosa y misionera que formamos cohermanos de los más diversos países y culturas” (c. 501)

Fraternalmente en el Verbo Divino

Antonio M. Pernia, SVD  
Superior General

# 1.

## Principios orientadores de la Formación SVD hoy

1. La formación SVD es una formación para la misión. Su elemento de definición es la misión con Jesús, el Verbo Divino, y en el modelo de su misión. Esta misión la realizamos como ministros ordenados o como Hermanos, ambos son expresiones igualmente solemnes de la misma vocación.
2. La misión como diálogo profético significa salir al encuentro de nuestros compañeros de diálogo en solidaridad, respeto y amor. Es importante adquirir durante los años de formación inicial habilidades prácticas esenciales para participar en el diálogo y promoverlo.
3. Las cuatro Dimensiones Características o los “rasgos de familia” SVD tienen que ser deliberadamente cultivados y constantemente alimentados a través de procesos de aprendizaje apropiados.
4. El formador está llamado a ser un modelo de diálogo. Esto requiere que la formación se realice en un espíritu de diálogo. Así, la tarea del formador se desenvuelve en la comunidad con los formandos, en la reflexión piadosa, en el vivir la Palabra y los sacramentos y en el contacto directo



con verdaderas situaciones misioneras. Parte de este proceso es acompañar de cerca a los formandos y supervisar constantemente sus ministerios.

5. Nuestra vida consagrada adquiere significado cuando aceptamos nuestra vocación como un seguimiento de Jesús, que implica cargar con nuestra cruz cada día y seguir los pasos del Señor.
6. La vida armoniosa en comunidades interculturales es un modo de practicar el diálogo profético. Hace más eficaz y atractivo nuestro testimonio de la inclusividad del reino de Dios y su apertura a la diversidad.
7. Ser colaboradores en la *Missio Dei* implica unir las manos con los laicos y reconocerlos como compañeros iguales en esta gran empresa.
8. Nuestros estudios académicos deben tener una distintiva perspectiva misionera. Esto implica incluir en nuestros planes de estudios materias como antropología, sociología, misionología, estudios de religión y cultura, estudio de lenguas y teoría y habilidades para el diálogo.
9. Los años de formación inicial deberían inculcarnos la convicción firme de la necesidad de la formación permanente. Desde el principio de nuestra vida misionera deberíamos desarrollar el sentido de la responsabilidad de nuestra propia formación continua y asumirla como un compromiso de por vida.
10. Los programas de formación necesitan revisión periódica y nueva formulación.

## 2. Razonamiento del Proyecto de Re-imaginación

Las Declaraciones de los Capítulos Generales en nuestra Congregación son el fruto de un proceso prolongado de reflexión que implica a todos los miembros. Desde esta perspectiva es revelador hacer una consideración de lo que dice la Declaración del Capítulo General XVI de 2006 sobre la formación. Nos recuerda en términos claros que el objetivo decisivo de la formación es inculcarnos un entusiasmo duradero por el Reino de Dios, encender en nosotros el fuego para la vida de comunidad y alimentar en nosotros cada vez más el espíritu de diálogo. Confiere el mandato de que "...todas las etapas de los programas de formación deberían renovarse a la luz del testimonio del Reino, del diálogo profético y las dimensiones características" (cf. EDV 6 #99). El contexto claramente nos obliga a interpretar este mandato como expresión de nuestro deseo colectivo de mantener nuestro programa de formación en consonancia con los acontecimientos contemporáneos en la Iglesia y en el mundo. Se apela a asegurar que nuestro proceso de formación se mantenga en continua preparación para salir al paso de los desafíos de nuestros tiempos, al igual que el antiguo objetivo de la misma Iglesia de ser una "*Ecclesia semper reformanda*" (= una Iglesia en continua renovación).

A diferencia de otros institutos de vida consagrada, nuestra congregación no tiene en este momento una *Ratio Formationis* o *Ratio Institutionis* común (es decir, para toda la Congregación), un documento que normalmente pretende proporcionar un conjunto comprensivo de directrices para las varias etapas de la formación espiritual y académica de sus miembros. Podríamos recordar que

el Capítulo General XIII de 1988 asumió la formación como un tema de consideración especial. La Declaración de aquel Capítulo presentó ciertas directrices básicas para la formación y ofreció varias recomendaciones para su encauzamiento en los diversos niveles (cf. HDV 1, pp. 63-79). Casi 18 años más tarde, el Capítulo General XVI de 2006 otra vez puso su enfoque en este asunto, sobre todo mirándolo desde la perspectiva de la demanda del diálogo profético que hemos aceptado como la expresión más adecuada de nuestro entendimiento de la misión hoy. Reflexionando sobre las obligaciones que el concepto de misión como diálogo profético impone a la formación, la Declaración del Capítulo articula una llamada a la renovación de los programas de formación. El documento presente es, en esencia, una respuesta a la Declaración del Capítulo. Este documento procura proporcionar ciertas orientaciones fundamentales para facilitar la tarea de mantener nuestro proceso de formación constantemente renovado desde dentro y tener en cuenta las múltiples dimensiones de nuestra llamada misionera, que debe vivirse hacia fuera en el mundo postmoderno. No está diseñado para funcionar como un manual de consulta diaria, sino para proporcionar un sostén ideológico y una visión común a la superestructura del proceso de formación en nuestra Congregación.

## 3.

# Cambio de panorama de la llamada religioso-misionera

El mareante proceso de cambios realmente no deja ningún aspecto de vida humana intacto. Los efectos de tales cambios se sienten tanto en la esfera personal de los individuos como en la esfera estructural de las formaciones sociales. El desarrollo científico y el avance tecnológico han redimensionado radicalmente nuestros modos de pensar y nuestro estilo de vida. Aunque los cambios puedan ser psicológicamente inquietantes, sobre todo a corto plazo, también comprendemos que todo progreso está inseparablemente vinculado a ellos. Tal perspectiva será provechosa cuando tratemos de evaluar los nuevos acontecimientos en el pensamiento teológico.

### 3.1. Nuevo entendimiento de la Misión

El punto de partida indiscutible de cualquier debate sobre la formación en nuestra Congregación es que nuestra formación es una formación para la misión. Pero lo más importante es que es una formación para la misión **con Jesús, el Verbo Divino y en el modelo de su misión**. Esta especificación es significativa porque acentúa lo que **es** un misionero, en vez de lo que **hace**. La misión es el elemento de definición de nuestra formación. De hecho siempre fue así. Podríamos entonces preguntarnos: Si la misión es un elemento tan decisivo y esto fue siempre una parte incorporada de nuestra filosofía de formación, ¿dónde está la necesidad de inventar algo nuevo? Aquí está el quid de la cuestión. El punto crítico es que el entendimiento de misión ha cambiado radicalmente en la era post-conciliar. “Cambio de paradigma” es la expresión que con frecuencia se usa en este contexto. Quizá es cierto que la expresión ya ha perdido algo de fuerza debido a su uso excesivo, pero aún es capaz de acentuar el cambio importante en el plano ideológico<sup>1</sup>. Lo

que la expresión establece es que el avance intelectual y científico consiste en desplazar un paradigma que claramente ya no es capaz de explicar hechos nuevos o hechos recién descubiertos, por un nuevo paradigma que realmente explica esos hechos en una manera más satisfactoria.

Valores tales como la evaluación positiva de otras religiones y culturas, el énfasis sobre la dignidad de la persona humana, la promoción activa de derechos humanos, la interacción respetuosa con los seguidores de otras tradiciones de fe, etc. (promovidos por los influyentes documentos del Concilio Vaticano II) fueron potentes estímulos para redefinir la misión de la Iglesia. Desde el principio de la existencia de la Iglesia, miles de hombres y mujeres han dado sus vidas por la causa de la misión. La mayor parte de ellos son modelos inspiradores de la fe comprometida y del servicio desinteresado a los pobres y a los que están en los márgenes de la sociedad. Muchos miles han sacrificado de buen grado sus vidas abrazando con valor el martirio en defensa de su fe. Sin embargo, quizás debido a la teología frecuente de aquel tiempo o debido a una visión del mundo restringida, durante muchos siglos la Iglesia muy a menudo seguía un modelo de misión como “conquista”: Ganar cada vez más gente para Cristo. En la práctica esto significó el trasplante de una Iglesia culturalmente Euro-céntrica institucional a otras partes del mundo. La imaginación del misionero estaba encendida por el celo de “salvar almas”. La misión estaba geográficamente condicionada, era vista como un movimiento del “centro cristiano” a “la periferia pagana”, del Oeste al Este, del Norte al Sur. El personal misionero a menudo estaba convencido de que las culturas “paganas” de las tierras de misión tenían que ser “civilizadas” por la imposición de la cultura Greco-romana. Las circunstancias históricas que establecieron la desafortunada alianza entre la maquinaria colonial y la empresa misionera agregaron una dimensión triunfalista a todos los esfuerzos misioneros. Apoyar esto era el exclusivo auto-entendimiento de la Iglesia, que a menudo llevaba a un programa expansionista.

---

<sup>1</sup> Thomas Kuhn, filósofo de la ciencia americano, inventó la expresión y la propuso en su libro clásico de 1962, *La estructura de las revoluciones científicas*.

Por la mediación providencial del Vaticano II un entendimiento nuevo se presentó en este contexto. El viejo paradigma de misión ya no era adecuado, y esto condujo a la búsqueda de un paradigma nuevo. El punto de partida del nuevo paradigma es la convicción de que la misión es fundamentalmente obra de Dios y que la misión continúa el testimonio del Reino lanzado por el ministerio de Jesús. Hablando de este entendimiento nuevo de la misión, nuestra Declaración del Capítulo dice: “El punto de partida para semejante renovación siempre tendrá que ser la convicción de que la misión es, antes que nada, obra de Dios (RM 24) y que nuestra vocación misionera no es más que un llamado a participar en la misión de Dios Uno y Trino “ (EDV 1 #34). El corolario obvio es que nos entendemos a nosotros mismos como participantes (o mejor todavía, como los compañeros de Dios) en este proyecto formidable de la misión de Dios (*Missio Dei*).

### 3.2. Misión como Diálogo Profético

Nuestra interpretación de misión como diálogo profético es una consecuencia de este paradigma nuevo. La misión de Dios está caracterizada por el diálogo de Dios con la humanidad, y comienza con la creación: “La Creación misma señala el comienzo de la historia de la auto-comunicación y la acción salvadora de Dios“ (EDV 1 #35). Este diálogo ha continuado sin cesar en la historia por obra del Espíritu y sobre todo por la vida y ministerio del Hijo. “Y así el Capítulo identifica la misión con el diálogo profético, porque el diálogo es lo que fundamentalmente caracteriza la *Missio Dei*“ (R. Kisala, *Verbum SVD* 47 [2006], p. 333). En este *continuum* tenemos que colocar la afirmación de la Declaración del Capítulo de que “La comprensión más profunda y adecuada de la misión a comienzos del tercer milenio se expresa en el concepto de “diálogo profético“ (EDV 1 #53).

Aunque la expresión “diálogo profético” pueda describirse como de acuñación SVD, la idea de conceptualizar la misión en términos de diálogo es mucho más amplia. Debemos tener presente que aunque la mayor parte de nosotros piensa en seguida en el diálogo interreligioso cuando se menciona la palabra diálogo, desde el

Capítulo General del 2000 la Congregación le da un significado mucho más amplio al concepto. El diálogo interreligioso es obviamente un aspecto importante de nuestra misión. Pero “el diálogo profético” es un icono que significa todo nuestro alcance misionero y cada aspecto de él. Representa la esencia misma de nuestro sentido de la misión. Para llegar a esta visión, nos fijamos de los documentos del Vaticano II: “Sin embargo, ya en los documentos del Vaticano II, el término ‘diálogo’ con toda la riqueza que encierra, es empleado con un significado más amplio para describir la actitud apropiada y la relación que debemos tener para con todos”. (EDV 1 #53). Pistas más claras de ese entendimiento pueden encontrarse en otros documentos de la Iglesia, sobre todo los documentos del FABC (Federación de Conferencias de los Obispos asiáticos). Lo que surge de todo esto es que el diálogo es una actitud de ‘solidaridad, respeto y amor’ (GS 3) que debe impregnar todas nuestras actividades.

La aceptación de este entendimiento de la misión tiene muchas implicaciones tanto para nuestro modo de pensar sobre la misión como en nuestro modo de hacer la misión. De hecho, cuando tomamos en consideración algunas de estas implicaciones es cuando nos hacemos totalmente conscientes del “cambio de paradigma” que se ha producido. Algunas de estas implicaciones vinculadas a varios aspectos de nuestra vida religioso- misionera son mencionadas en una lista en la Declaración del Capítulo de 2006 (EDV 6 #12-107). Lo que es relevante para nuestro debate presente es que para entrar con eficacia en el “diálogo profético”, comprometiéndonos con las cuatro dimensiones características, tenemos que abrirnos a un proceso exhaustivo de estudio. En términos bíblicos podemos llamarlo una actitud de conversión continua (*metanoia*). No en vano la Declaración del Capítulo de 2006 articula una “Llamada a la Conversión” en cada uno de los cinco aspectos importantes de nuestra vida como Misioneros del Verbo Divino: Espiritualidad, Comunidad, Liderazgo, Finanzas y Formación (EDV 6 # 23-28; 41-46; 59-61; 75-76; 95-98). Precisamente porque el período de formación inicial es el tiempo dedicado a inculcarnos la convicción fundamental de la necesidad de conversión continua, lleva estrechamente unido el nuevo entendimiento de la misión y la formación. Para decirlo brevemente:

Nuestro proceso de formación tiene que ser rediseñado para que vaya en consonancia con las demandas del nuevo entendimiento de la misión representado en el “diálogo profético”.

Es verdad que el entendimiento de la misión de la Iglesia siempre está en desarrollo. Pero aún así podemos descubrir momentos de saltos ideológicos que ocurren en este proceso. Así, el acontecimiento decisivo del Capítulo General del 2000 fue su respuesta triple a la pregunta de qué es lo que caracteriza a un Misionero del Verbo Divino: 1) Damos testimonio de la universalidad y la diversidad del Reino de Dios 2) A través del cuádruple diálogo profético 3) Marcado por las cuatro dimensiones características de nuestra respuesta misionera (EDV 3 #4). Cuando hablamos del cuádruple diálogo profético e identificamos los cuatro grupos de nuestros principales compañeros de diálogo (Los que no tienen ninguna comunidad de fe y los buscadores de fe, los pobres y los marginados, la gente de otras culturas y la gente de tradiciones religiosas diferentes e ideologías seculares) no significa que nosotros excluyamos a alguien de nuestra actividad misionera o nos centremos sólo en algunos grupos. “El cuádruple Diálogo Profético... quiere expresar toda la gama de actividades en la que los SVD están comprometidos en todo el mundo, y ofrece un modo nuevo de mirar estas actividades (Compartir la fe y las convicciones en una actitud de solidaridad, respeto y amor) como un modo de renovar nuestro compromiso con la misión y responder a las necesidades específicas de hoy día” (Kisala, *Verbum SVD* 47 [2006] 329). De igual modo, identificando cuatro aspectos como nuestras dimensiones características no nos restringimos sólo a algunas actividades seleccionadas. Son más bien “rasgos de familia” o “señales” de la vida y el trabajo SVD (EDV 3 #8).

### **3.3. Respuesta Misionera marcada por los cuatro Rasgos de Familia**

Estos “rasgos de familia” tienen que ser imbuidos y cultivados desde las primeras etapas de la formación. Es importante comprender que “Las dimensiones características son dimensiones *características* de nuestra vida y servicio misionero. Las mismas



caracterizan la manera en que realizamos la misión y el modo en que vivimos la vida religiosa. Como tal, las dimensiones características son marcas que nos identifican como Misioneros del Verbo Divino". (A.M. Pernia, EDV 3, p. 7). Cada SVD, no importa donde viva o el trabajo que haga, debería ser "un ministro de la Palabra" (cf. Hechos 6, 4), para que la devoción a la Biblia se convierta en una señal distintiva. Asimismo, el Misionero del Verbo Divino debería transmitir a cada una de las personas con las que se relaciona la convicción de que son igualmente compañeros en la misión de Dios. También la demanda de justicia, paz e integridad de la creación debería hacerse manifiesta a través de las palabras y el modo de vivir de un SVD. Después, comenzando con la concienciación primaria de que "la Comunicación, en su expresión más profunda, consiste en abrirse a otros en amor y pertenece, por lo mismo, a las actitudes primordiales de un Misionero del Verbo Divino". (c. 115), se debería buscar tenazmente la adquisición de habilidades de comunicación para la vida comunitaria fraternal y para el desempeño misionero eficaz. Pero es crucial recordar que estas "señales" no se acumulan en nosotros por absorción natural o por un proceso de "ósmosis" simplemente por vivir en una casa o comunidad SVD. Tenemos que cultivarlas deliberadamente a través de procesos de aprendizaje apropiados y deben ser alimentadas constantemente. Los formadores y los formandos tienen que reconocer esto y hacerlo una prioridad. Como medida concreta, por ejemplo, desde la primera etapa de formación, los estudiantes deberían ser formados en la práctica de *Lectio Divina* y los métodos de *Compartir la Biblia*, haciéndolos parte de la práctica espiritual habitual de la comunidad. De modo similar, los programas concretos de inserción en la realidad social y cultural del entorno inmediato de la casa de formación deberían ser una parte habitual de las actividades de los formandos. Acontecimientos como los días de celebraciones nacionales, fiestas culturales, domingos de Misión, Día de la Tierra, Día del Medio Ambiente, etc., deberían celebrarse en nuestras comunidades de formación de una manera apropiada con rituales relevantes y significativos.

## 4. Desafíos que surgen - Respuestas que se requieren

Cuando afirmamos que nuestra misión atestigua la inclusividad y la diversidad del Reino de Dios a través del cuádruple diálogo, marcado por las cuatro dimensiones características, esto pone de relieve un número de elementos nuevos de nuestro entendimiento de la misión. Sin embargo, puesto que nuestra respuesta misionera es continuación de la misión de Jesús, está en clara continuidad con la misión de evangelización que la Iglesia ha asumido desde el principio de su existencia. Argumentando en la misma línea, cuando decimos que nuestro proceso de formación tiene que ser re-imaginado para estar en consonancia con el entendimiento de la misión hoy, no queremos decir que algo totalmente nuevo tiene que ser inventado. La formación de hoy tiene que permanecer firmemente arraigada en la visión tradicional de la formación religioso-misionera de la Iglesia. Por lo tanto, sin lugar a dudas, podemos afirmar que sin dejar de pasar por los sanos y santos valores tradicionales del tiempo de formación religioso-misionera, los programas de formación SVD de nuestros días tienen que prestar atención especial a ciertos factores adicionales.

En nuestra Congregación tenemos dos modos diferentes de vivir la vocación de religioso-misionera. Están los que deciden servir a la Iglesia como ministros ordenados y otros que optan por el servicio apostólico como Hermanos. Los dos son dos expresiones igualmente solemnes de la misma vocación. Los formandos deberían ser orientados para reconocer este entendimiento integral de la comunidad desde el principio de su formación, para asegurar que todos los cohermanos siempre reciban respeto y reconocimiento.

Desde el principio debería haber una apertura a aprender la teoría y adquirir las habilidades prácticas para promover y participar en el diálogo. El diálogo es tanto una actitud de la mente como un arte. Las habilidades de diálogo pueden adquirirse y reforzarse a través de las instalaciones de aprendizaje institucionalizadas.<sup>2</sup> Los centros de diálogo y otros emprendimientos dirigidos por nuestros cohermanos pueden proporcionar a nuestro formandos una experiencia excelente y buena formación en esta área.

El verdadero punto de partida en la formación debe ser ayudar a los formandos a apreciar y crecer en nuestra espiritualidad misionera. La Const. 501 lo dice en términos de crecimiento en unidad con el Verbo Encarnado del Padre. La formación debería ayudar a los formandos a crecer a través de la vivencia del espíritu de diálogo profético de forma que esto forme nuestras relaciones básicas con Dios, conmigo mismo, con los otros y con la creación. Esta relación con Dios y con los demás es la que ayuda a mantener vivo el entusiasmo por la misión. La formación no es sólo una cuestión de cómo hacer la misión, sino fundamentalmente el porqué quiero hacer la misión como un SVD. Esto es, ante todo, un asunto de auto-identidad y motivación, y sólo después vendrá la teoría y habilidades para hacer el diálogo. Como todos los cristianos, estoy invitado a seguir a Cristo y así compartir la vida divina (cf. EDV 6 #12). La formación quiere ayudarme a comprender que seguir a Cristo y compartir su vida divina se hace *en y a través* de la misión.

Una consecuencia importante de ver la misión como diálogo es que el enfoque, ahora más que nunca, recae sobre la persona del misionero. El énfasis del antiguo paradigma significaba que llevar el agua bautismal “a los paganos” era lo más importante. Ahora, en la misión de diálogo, ya no puede ser sólo una actividad externa del misionero. La misión es compartir de propia fe y la experiencia

---

<sup>2</sup> El Common Ground Project lanzado por el Instituto Cardenal Bernardin en Chicago es un ejemplo de una institución dedicada a la gente que se forma en habilidades de diálogo. Comenzó con un esfuerzo por explorar las áreas de consenso en situaciones ideológicamente polarizadas de los católicos estadounidenses. El centro ahora ofrece talleres para gente que se presta a trabajar en el área del diálogo.

personal de Dios. La formación fundamental de Jesús para su misión fue su experiencia de Abbá. Esta comprensión conduce a ver el mundo de manera diferente, a verlo como lo hace Jesús, y a responder con amor y compasión. Como misioneros compartimos su plenitud de vida por el encuentro con Dios en la gente a la que servimos. Dios que habita en mí me permite encontrar a Dios que habita en el otro y comprender que todos vivimos en Dios, la conciencia de que toda la gente es una en la comunión de Dios.

#### **4.1. La vocación del Formador**

Es importante darse cuenta de que los involucrados en el ministerio de la formación como formadores también son misioneros en el pleno sentido de la palabra. La formación de los futuros misioneros en modo alguno puede ser considerada algo menos meritorio que estar en la vanguardia de la misión. Debido a que los formandos a menudo tienden a considerar a sus formadores como modelos a seguir, su estilo de vida y su trabajo tienen que ser ejemplares, lo que requiere un alto grado de transparencia por parte de los formadores. Esto es lo que hace que el trabajo de los formadores sea especialmente exigente. Pero también es un trabajo realmente gratificante, porque acompañar a los jóvenes cuando dan sus primeros pasos en su camino del discipulado es sin duda una tarea noble.

Los formadores tienen un papel crucial en la orientación del camino vocacional de los formandos. En primer lugar, a través del ejemplo de la vivencia de un diálogo auténtico, el formador puede imbuir en los formandos la conciencia de que Dios que mora en mí, me permite encontrarme con Dios que mora en el otro. Los Formadores tienen que aprender constantemente a ejercer su misión de formación como un proceso de diálogo. Esto se logra acompañando en comunidad a los formandos en la reflexión orante, a través de la Palabra y los sacramentos, y en un estrecho contacto con situaciones reales de misión. Los Formadores tienen que dirigir la reflexión sobre cómo se encuentra a Dios en esas situaciones y cómo Dios despierta nuestra respuesta hacia la gente. El ideal que este contexto

propone es ver la formación como una búsqueda común para saber lo que Dios quiere de cada uno.

La forma más eficaz que tienen los Formadores de educar en el diálogo es, sin duda, esforzarse para practicar el ideal de diálogo en la relación con los formandos, sus problemas, necesidades y decisiones. Si la actitud de diálogo brilla por su ausencia en la forma en que se relaciona con los formandos y con los otros, toda su sublime charla acerca del cambio de comprensión de la misión hacia el diálogo caerá en oídos sordos. Los jóvenes de hoy tienen muchos más conocimientos y han tenido la experiencia de una vida con mayor libertad y apertura en el hogar (a diferencia de los Formadores, que pueden ser de una generación anterior). Un formador tiene que tomar esto en consideración cuando trata con ellos y debe hacer un esfuerzo consciente por ser un hombre de diálogo en sus interacciones. En lugar de tomar un enfoque administrativo, el Formador debe centrarse en crear un “ambiente formativo” que genere crecimiento y creatividad en la comunidad.

## **4.2. Nuevo perfil de nuestros candidatos**

En la mayoría de las culturas la familia de hoy en día, como institución, se enfrenta a retos formidables. Las familias rotas y las familias monoparentales son cada vez más comunes. Esto implicaría que los candidatos que buscan la admisión a nuestras casas de formación pueden provenir no sólo de las familias tradicionales establecidas, sino también de familias con problemas. Tener candidatos con esos antecedentes familiares, naturalmente supondrá una carga adicional en nuestro sistema de formación. Tenemos que contar con personal competente y capacitado que pueda atender a las necesidades especiales de la dirección espiritual y asesoramiento psicológico que dichos candidatos puedan necesitar.

## **4.3. La vida consagrada en el contexto de hoy.**

Varios acontecimientos complejos que tienen lugar en las áreas del pensamiento social y religioso les están planteando nuevos retos a

los que optan por una vida de consagración a través de la profesión de votos religiosos. Ver nuestra vida como seguidores de Cristo (“... para estar con él y para ser enviados” - Mc 3,14) es de importancia fundamental cuando se habla de nuestra vida consagrada. Sólo cargando nuestra cruz cada día podremos avanzar en nuestro camino siguiendo los pasos del Señor (cf. Lc 9, 23). Y la cruz sólo tiene sentido cuando la vemos a la luz de Aquel que encontró la vida a través de la cruz. Durante los años de formación inicial, nuestros formandos deben ser conscientes de cómo nuestros tres votos influyen en nuestra convivencia y en nuestro trabajo misionero. Estas cuestiones son de suma importancia hoy en día y reflejan los problemas modernos, que también los SVD en votos perpetuos tienen que afrontar. En el ámbito de la castidad consagrada, por ejemplo, deben organizarse clases y sesiones interactivas para aumentar la sensibilización de los formandos sobre cuestiones tales como el abuso sexual de las mujeres y los menores de edad, las exigencias de un estilo de vida célibe, la pérdida de credibilidad como resultado de un comportamiento sexual irresponsable, etc. La pérdida de los benefactores occidentales ha reducido drásticamente nuestros recursos materiales. Esto tiene consecuencias para nuestra vida y nuestros métodos misioneros. Debemos estar en guardia contra las actitudes consumistas. La obediencia puede implicar ser enviados por la Iglesia y la Congregación a lugares y trabajos que quizá no nos gusten ni deseemos.

Con frecuencia se escucha el lamento de que estamos perdiendo el espíritu de sacrificio, que en un tiempo fue entendido como la base sobre la que se construyó la vida religiosa. Sabemos que si constantemente tratamos de evitar los sacrificios, nunca podremos ser felices en nuestra vida como religiosos. Esta convicción tiene que ser alimentada desde el principio de nuestra formación. Relacionado con esto está la necesidad de inculcar ciertos valores importantes en nuestra vida desde el comienzo del proceso de formación: La flexibilidad en lugar de la obstinación y la rigidez, el trabajo en equipo en lugar de ir por cuenta propia, la voluntad de participar en el proceso de discernimiento de la comunidad, y la voluntad de compartir (los pensamientos, los sentimientos, los problemas, las finanzas, etc.)

Los Programas de formación también deben abordar el problema del fracaso. Es algo a lo que todos nos enfrentamos tarde o temprano, y debemos estar preparados para ello. “La formación misionera no puede ser una preparación para una vida de éxito permanente. Tampoco puede cerrar los ojos a las atracciones de una mentalidad consumista que fomenta una cultura del confort. Los fracasos y las frustraciones son parte normal de nuestro trabajo misionero de diálogo profético y por eso debemos estar preparados para una vida que incluye el sacrificio y la cruz “(EDV 6, # 96). Tenemos la tendencia a idealizar nuestro futuro misionero, olvidando que habrá desacuerdos, hostilidad, fracasos y una buena posibilidad de que ni siquiera nos agraden nuestros colegas y/o nuestros cohermanos. Una sana formación hará que no nos demos por vencidos en esos momentos de esfuerzo y lucha.

#### **4.4. Vida Intercultural**

La internacionalidad es un valor que nuestra Congregación ha apreciado desde sus primeros días. Pero hasta hace poco eso quería decir tener miembros internacionales o estar presentes en muchos países, pero sin dejar de ser euro-céntricos en la cultura y la formación. Con el Vaticano II, se desarrolló un cambio radical en el concepto de la internacionalidad. La evaluación positiva de la cultura llevó a la convicción de que lo que es específicamente SVD pueden ser legítimamente expresado en las categorías de todas las culturas. “Como el Evangelio, el carisma original de la Congregación no sólo puede enriquecer, sino también ser enriquecido por las culturas en la que se encarna a sí mismo” (A.M. Pernía, SEDOS Boletín 41 [2009] p. 19). Como resultado tenemos ahora la interculturalidad como un valor real. Esto se conecta muy bien con otro concepto fundamental que ha surgido de la reflexión sobre las enseñanzas del Concilio Vaticano II: La misión tras-cultural. “En efecto, si la misión se limita a la propia cultura o al propio mundo, algo esencial se pierde en la misión. Si los misioneros fueran a trabajar sólo en su propia cultura o país, se podría sospechar que están motivados por vínculos humanos que los unen con su pueblo. Pero trabajar en otra cultura o país no podría

explicarse con vínculos humanos, sino sólo por la experiencia de la belleza del Evangelio, que proclama que Dios es amor “(Pernia, SEDOS Boletín 41 [2009] p. 24).

Los misioneros que viven en comunidades internacionales o interculturales, a través del ejemplo de sus vidas (diálogo de la vida), son testigos más creíbles de la universalidad del Reino de Dios y su apertura a la diversidad. En efecto, “... el testimonio de nuestra vida en común en comunidades religiosas misioneras multiculturales es en sí mismo un medio de entablar un diálogo profético” (Kisala, *Verbum SVD* 47 [2006] p. 338). Esa inclusividad que abarca a todos es particularmente pertinente en el contexto de los efectos crecientes de la globalización, que tiende a excluir a los diferentes, a los “otros”, para garantizar la uniformidad e incluso eliminar las diferencias.

Pero una comunidad intercultural no sucede por casualidad. “Más bien, las verdaderas comunidades internacionales o interculturales necesitan ser creadas conscientemente, promovidas intencionalmente, cuidadosamente atendidas y animadas con atención. Se requieren algunas actitudes básicas personales, ciertas estructuras de comunidad, y una espiritualidad particular. Por consiguiente, los miembros tienen un programa específico de formación, tanto inicial como permanente, que les prepara para vivir de manera efectiva y significativa en comunidades interculturales o internacionales.” (Pernia, SEDOS Boletín 41 [2009] p. 25). La vida intercultural y otros aspectos de la misión de hoy requieren la re-imaginación de nuestros programas de formación. En los países y provincias donde todavía tenemos un buen número de vocaciones (lo que a su vez implica que un número considerable de jóvenes misioneros busquen a su debido tiempo destinos misioneros en el extranjero) este aspecto ha de ser especialmente destacado en la formación.

En un reciente artículo, el Consejero General Robert Kisala ha identificado tres ámbitos de la vida cultural que es necesario abordar mediante programas apropiados durante la formación inicial (véase *Verbum SVD* 50 [2009] 331-345). Estas áreas son: Capacitación intercultural, conocimiento de diferentes culturas, y adquisición



de habilidades de comportamiento. Brevemente explica el funcionamiento de estas áreas, por lo que el artículo ofrece ideas útiles para la tarea de diseñar programas de formación (inicial y permanente), destinadas a facilitar la vida intercultural. Lo que dice Kisala en la conclusión de su ensayo resume significativamente el asunto: “Nuestra formación para la vida intercultural y la misión debe basarse en el principio de reciprocidad enfatizado en la palabra “intercultural” y debe ser específica, no dejarse al azar. Donde no existan, deben introducirse programas para la comprensión de la interculturalidad y para mejorar la capacitación intercultural, tanto en la formación inicial como en la permanente” (p. 343).

#### **4.5. La Misión con los compañeros laicos.**

*En Diálogo con el Verbo 8* ha logrado alertarnos sobre la necesidad crucial de examinar nuestra asociación con los laicos. Los cambios en las esferas demográficas, culturales y religiosas plantean retos formidables para la Iglesia y sus estructuras actuales. Pero estos desafíos contienen semillas de nuevas oportunidades. Por ejemplo, la caída de las vocaciones religiosas y sacerdotales está impulsando a los laicos a asumir cada vez más la responsabilidad de los ministerios y apostolados de la Iglesia. La disminución de las parroquias católicas en el rico Norte geo-político está contribuyendo a la propagación de los movimientos liderados por laicos por todas partes en la Iglesia. La reactivación perceptible del interés en la religiosidad, aunque ya no atraiga a la gente a las religiones institucionalizadas, no deja de inculcar en los laicos la búsqueda de una experiencia espiritual y de expresiones concretas de la preocupación activa por el prójimo (cf. EDV 8, pp. 8-9, 15 – 24).

Con este telón de fondo debemos leer y reflexionar sobre la recomendación 3.3.2 del Capítulo General de 2006: “Que donde sea posible la Congregación promueva la participación del laicado en sesiones pertinentes de nuestras asambleas y capítulos provinciales (en línea con nuestros *Estatutos para Capítulos*), en la formación inicial y permanente, en la administración SVD y nuestro trabajo misionero *ad gentes*”. La misión de Dios es una empresa enorme. Tenemos que vernos en esta empresa como socios de todas

las personas de buena voluntad. Tenemos que ir más allá de nuestro entorno para asegurar una colaboración fructífera, para unir nuestras manos con los laicos que participan en la misma misión, y conjuntamente poner manos a la obra para progresar. Esta toma de conciencia debe ser creada en los formandos mediante la participación de los laicos en proyectos concretos de nuestra vida y trabajo. Tenemos que admitir que la Iglesia se sostiene principalmente por los laicos y debemos aprender a darles un lugar de importancia. Una expresión concreta de esto sería a través de la participación de los laicos, y específicamente de las hermanas religiosas, en los procesos de evaluación y admisión de nuestros formandos para los votos y las órdenes sagradas.

Una actitud fundamental que debemos desarrollar (especialmente quienes hemos elegido el estado clerical de la vocación) es aprender a respetar y apreciar a los laicos, especialmente a nuestros Hermanos. Las manifestaciones de clericalismo pueden infligir heridas graves en la psique de la gente y nuestros formandos deben ser conscientes de ello.

## **4.6. Formación Académica**

Nuestras Constituciones nos recuerdan que el objetivo final de nuestra formación: "...apunta a la madurez humana, a la capacitación profesional y a la fe comprometida" (c. 503). El camino hacia este objetivo es exigente y permanente, pero gratificante. Uno de los medios principales para conseguir ese objetivo es la formación académica. El estudio comprometido, el silencio reflexivo y la auto-transformación en la oración son los componentes de tal formación. El Capítulo General de 1988 puso de relieve la idea al proponer el siguiente principio rector para nuestra formación: "La formación debe capacitar a los cohermanos a desarrollar un tipo de aprendizaje que integra estudio académico creativo, reflexión crítica sobre la realidad y el propósito de aprender de la experiencia". (HDV 1, p. 63.6).

Nuestra actividad académica tiene que tener una distintiva perspectiva misionera. Por ello, la Congregación ha estado

insistiendo en que los estudiantes “deberían tomar clases de antropología, misionología, estudios de las religiones y cultura y ciencias afines; aprender idiomas, iniciarse en la teoría y en la práctica del diálogo, tener cursos sobre temas de justicia y paz y comunicaciones” (HDV 1, p.68.2). Siempre que sea posible debemos influir en las autoridades de los institutos donde nuestros formandos hacen sus estudios a fin de incluir estos temas en su currículo académico. En situaciones en las que no se pueda ejercer tal influencia, debemos asegurarnos de que estos temas sean tratados de manera adecuada, buscando nosotros mismos la manera en que pueden ser impartidos a nuestros formandos. Cada centro de formación debe realizar una evaluación sistemática para discernir que su formación académica sea correcta y que sea fuerte su orientación misionera.

#### **4.7. Cultivar el sentido de la observación.**

Un agudo sentido de la observación para leer correctamente los signos de los tiempos es fundamental para ser pro-activo en la empresa misionera de hoy. Ésta es una habilidad que se puede adquirir a través del esfuerzo constante y buscando continuamente la guía del Espíritu de Dios en una actitud de apertura. La capacidad para captar la realidad que nos rodea es un primer paso esencial para poder responder efectivamente a la misma. Durante el tiempo de formación inicial, los formandos deben ser guiados para adquirir esta habilidad. Sin ella, los misioneros pueden fácilmente caer en la trampa del Ministerio no reflexivo y el activismo sin sentido. También es pertinente en este contexto la necesidad de desarrollar una actitud saludable de autocrítica. Esto es lo que nos ayuda siempre a ser responsables de nuestras acciones como adultos. Esto, obviamente, debe ir de la mano con la auto-aceptación y el respeto de sí mismo.

El bien conocido marco de “ver-juzgar-actuar” puede ser un modelo eficaz para todos los esfuerzos relacionados con la formación. Crecer en este modo puede ser muy útil para la futura participación en la misión. La práctica de poner unos objetivos personales a conseguir en un determinado plazo y la evaluación periódica de su

cumplimiento es muy beneficiosa para lograr el progreso en nuestro itinerario formativo. Los formandos capacitados de esta manera fácilmente verán también la ventaja de fijar metas personales y de evaluarlas periódicamente cuando llegue su tiempo de trabajo misionero.

#### **4.8. La opción preferencial por los pobres y el compromiso con el cuidado de la Creación.**

Las cuestiones de justicia y paz llaman cada vez más nuestra atención en el mundo de hoy. El planeta mismo ha sido empujado hasta el borde debido a la mala gestión humana del medio ambiente. La violación de los derechos humanos es rampante, no se lucha contra los males sistémicos, tales como la trata de personas y la limpieza étnica, y las filas de los pobres aumentan cada día. Nosotros, como misioneros, somos los portadores de la esperanza en un mundo cuyo rostro está profundamente marcado por estos males. Para poder marcar una pequeña diferencia en este escenario sombrío tenemos que desarrollar una conciencia social profunda y un agudo sentido del compromiso con la integridad de la creación. Nuestro proceso de formación y nuestro estilo de vida deben adaptarse a esto.

#### **4.9. Exposición directa a situaciones misioneras reales.**

Lo ideal sería que la formación tuviera lugar cerca de situaciones reales de misión y en constante interacción con el personal misionero activo. A través de un proceso guiado, se debe alentar a los formandos a hacer una evaluación realista de la respuesta misionera que se produce en su entorno de vida para que puedan analizar sus luces y sus sombras. Las realidades que uno encuentra en la misión deben convertirse en impulsos para el aprendizaje de nuevas lecciones. Este aprendizaje se hace posible a través de las oportunidades de una experiencia práctica de la actividad misionera real. Deben convertirse en un ingrediente habitual de nuestros

programas de formación. La experiencia directa de la misión ayuda a los formandos a obtener una idea realista de lo que pueden esperar al entrar en este campo al final de su formación inicial. Tenemos ciertos procesos establecidos para proporcionar experiencia de la misión: Año de Pastoral, Programa de Formación Tras-cultural (PFT), Programa de Capacitación en el Extranjero (OTP), Exposición y Programa de Inserción (EIP), Programa de Pastoral Clínica (CPE) y ministerio pastoral bajo supervisión. Para garantizar que estos programas sean más eficaces a la hora de contribuir a nuestra formación misionera, debemos hacer uso del modelo acción-reflexión-acción.

#### **4.10. Solidaridad crítica con las estructuras.**

Tenemos que desarrollar una aguda conciencia de las ventajas y desventajas que nos proporcionan las estructuras de apoyo durante los años de formación inicial. Aunque las comunidades grandes con instalaciones de infraestructura elaborada nos proporcionan estabilidad, seguridad y un ambiente propicio para el trabajo académico, pueden separarnos de la realidad del mundo exterior. Esto a su vez puede generar en nosotros una cierta insensibilidad hacia nuestra realidad circundante. La toma de conciencia de las limitaciones impuestas por los factores externos es una dimensión importante de la formación. A menudo puede darse el caso de que las viejas estructuras no sean adecuadas para asumir los nuevos retos a los que nos enfrentamos en el ámbito de la formación. Es cierto que la formación de pequeñas comunidades no siempre es una opción viable en todas partes, pero debemos dar preferencia a los programas que permitan la interacción personal y el arraigo en la vida de la gente. El haber elegido una vocación como misioneros religiosos debe inculcar en nosotros la necesidad de desarrollar una aguda conciencia de la realidad socio-económica que existe en nuestro entorno inmediato, un sentido del uso responsable de las instalaciones que se nos ofrecen, y la habilidad para desarrollar el reconocimiento permanente y la gratitud por la ayuda de los muchos benefactores que contribuyen a nuestro bienestar con sus sacrificios.

#### **4.11. Aventurarse en nuevas experiencias**

Una preparación prudente para hacer nuevas experiencias debe ser parte de nuestro ethos de formación. Nadie puede negar la verdad del refrán: “Quien nada arriesga, nada gana.” Si no nos abrimos a nuevas experiencias, no podremos aprender nada nuevo. Pero, sin duda, es algo que debe llevarse a cabo con una gran dosis de sabiduría y valentía. Sólo puede ser producto de la investigación comunitaria, del debate y de la toma común de decisiones. Lo que se necesita es claramente un proceso de discernimiento de la comunidad dirigido por el Espíritu y una evaluación periódica. Los formandos deben aprender a tomar decisiones en común con otros miembros de la provincia y llevarlas adelante.

#### **4.12. Formación Permanente**

Hoy en todos los niveles de la Congregación cada vez somos más conscientes de la necesidad crucial de la formación permanente. En esencia apunta a un esfuerzo permanente por mantener la agudeza y estar a la vanguardia de nuestra competencia profesional, nuestro compromiso misionero y nuestra eficacia pastoral. Esto no sucede simplemente por hacernos mayores y por la madurez física, sino que requiere una acción resuelta para convertirnos en personas completas, para perfeccionar nuestras habilidades, para limar nuestras aristas y crecer en la fe. Los formandos deben empaparse con esta convicción desde los primeros días de su formación inicial, para que desarrollen un sentido de la responsabilidad de su formación permanente y lo asuman como un compromiso de por vida.

## 5. Conclusión

El *Manual del Superior SVD*, al tratar la cuestión de la formación inicial, hace la siguiente importante observación: “El programa de formación deberá estar orientado a que los estudiantes integren la capacitación profesional y experiencial con la formación religiosa y espiritual comenzada en el noviciado. El programa de formación debe ser revisado y puesto al día en forma periódica de acuerdo a las necesidades de la Iglesia, la naturaleza y objetivos de la Congregación, y los signos de los tiempos”(C 18 1,3 pag. 99). El presente documento pretende fomentar la renovación del proceso de formación en nuestra congregación a la luz de los signos de los tiempos que han aparecido en nuestro horizonte en los últimos años. Es cierto que las condiciones locales influyen en gran medida en la configuración concreta de algunos de los detalles del programa de formación y que cada iglesia local tiene sus propios desafíos específicos. Nuestra congregación, extendida en casi 70 países, sin duda tiene un enorme y complejo arsenal de condiciones locales. Por lo tanto, los detalles concretos de la formación difieren considerablemente. Pero, como un instituto religioso tenemos que tener un ethos común de la formación. Lo que este documento pretende exponer es, precisamente, algunos de los elementos más destacados de ese ethos. Por la misma razón se trata de una llamada dirigida a todas las provincias y regiones para llevar a cabo una evaluación de sus programas de formación existentes y ver si realmente concuerdan con la visión presentada aquí. Esto a su vez debe implicar verdaderos esfuerzos por introducir los cambios que se consideren necesarios. Estos cambios, obviamente, debe ser adecuados a cada nivel de formación y ser respetuosos con el contexto cultural en que se encuentra una comunidad de formación.

El apóstol Pablo, al dirigirse a sus hermanos cristianos de la Iglesia de Galacia, utiliza una metáfora impresionante para referirse al

proceso al que están comprometidos los que tratan de crecer en la madurez de la fe que recibieron. “Hijitos míos”, dice con cariño comprensible “por quienes sufro de nuevo el dolor del parto hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gal 4,19). La fe nunca está parada: O crece o se marchita, y a veces muere. Crecer en la fe es, conjetura Pablo, lo mismo que permitir que Cristo crezca en nosotros. La metáfora puede aplicarse fácilmente a los progresos que hacemos en nuestros caminos vocacionales comunes e individuales como religiosos misioneros. Al igual que todos los aspectos de la fe, la formación es también un viaje del corazón, y lo es para largo plazo. Es realmente un viaje que implica una vida de lucha. La empresa de formar a Cristo dentro de nosotros es algo que se logra a través de la paciencia y la perseverancia. Debemos avanzar cayéndonos, arrastrándonos y llevando la cruz, no con el intenso esfuerzo de una noche, sino durante un largo período de tiempo, no con la fuerza violenta de un aguacero, sino con la constancia de una suave lluvia persistente. Esta es una tarea que es a la vez una invitación y una prohibición, que se nos ofrece como un regalo, pero que tenemos que afrontar como un desafío. Sólo los más intrépidos, sin embargo, probarán estar a la altura de llevarla a cabo.



## Referencias:

*Gaudium et Spes* (GS), Constitución Pastoral del Vaticano II sobre la Iglesia en el Mundo Moderno (1965).

*Redemptoris Missio* (RM), Encíclica Papal sobre la permanente validez del mandato misionero (1987).

*Constituciones de la Congregación del Verbo Divino* (1983, 2000, 2006).

*Manual del Superior SVD* (2002).

*En las Huellas del Verbo* (HDV), N<sup>o</sup>. 1, Agosto 1988.

*En Diálogo con el Verbo* (EDV), N<sup>o</sup>. 1, Septiembre 2000.

*En Diálogo con el Verbo* (EDV), N<sup>o</sup>. 3, Septiembre 2002.

*En Diálogo con el Verbo* (EDV), N<sup>o</sup>.6, Septiembre 2006.

*En Diálogo con el Verbo* (EDV), N<sup>o</sup>. 8, Diciembre 2008.

Antonio M. Pernia, "Prólogo" en *En Diálogo con el Verbo* (EDV), N<sup>o</sup>. 3, pp. 5-9.

-----, "Comedy and Missionary Communion—'Mission as Holy Folly,'" en *SEDOS Bulletin* 41 (2009), pp. 17-26.

Robert Kisala, "Prophetic Dialogue as Life and Mission," en *Verbum SVD* 47 (2007), pp. 327-342.

-----, "Formation for Intercultural Life and Mission," en *Verbum SVD* 50 (2009), pp. 331-345.

Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: Chicago University Press, 1962).